

Economista y militar retirado, es especialista en temas de seguridad, construcción de la paz y prevención de conflictos, con especial atención al mundo árabo-musulmán. Dentro del ámbito de la construcción de la paz y la prevención de conflictos violentos es consultor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Ejerce como profesor en la Universidad Pontificia Comillas. Jesús es también el presidente del Comité Español de la UNRWA (Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos). Colabora con diferentes medios de prensa escrita, de radio y de televisión.

Jesús A. Núñez Villaverde

Codirector del Instituto
de Estudios sobre
Conflictos y Acción
Humanitaria.



Twitter: @susonunez

LAS ARMAS NO SON EL CAMINO hacia la paz y la seguridad

Jesús A. Núñez Villaverde

Es mucho el tiempo transcurrido desde que Caín mató a su hermano Abel. Pero aun así no hemos llegado todavía a determinar si la paz es únicamente una tregua entre guerras recurrentes o si, por el contrario, la violencia es un instrumento excepcional en una historia humana inclinada estructuralmente a la resolución pacífica de las diferencias. Mientras llegamos a alguna conclusión definitiva, es un hecho que la violencia, tanto individual como colectiva, sigue siendo una característica diaria de nuestras vidas. Así, la Organización Mundial de la Salud¹ nos recordaba que en el año 2000 habían muerto violentamente en el planeta unos 1,6 millones de personas, pasando a 1,3 en 2012². En términos más concretos, prácticamente la mitad de esa cifra se traducía en suicidios, mientras que un 31 % eran homicidios y asesinatos y “tan solo” el 19 % restante venía explicada por las guerras. Unas guerras que, siguiendo a la Escuela de Cultura de Paz³, se concretaban en 2017 en 33 conflictos armados y 88 escenarios de tensión a nivel global, repartidos por todos los continentes, aunque con especial incidencia en África.

Comparado con el pasado siglo, es cierto que lo que llevamos del actual muestra un cierto descenso en el nivel de violencia, con una mayor frecuencia de conflictos intraestatales frente a los interestatales, más propios de

aquella época. Eso no quiere decir que no haya regiones del planeta atrapadas en una violencia endémica, sin salida a medio plazo, ni un creciente recurso a lo que se comienza a conocer como “otras modalidades de violencia”, en las que el recurso a las armas se ha convertido en un fin en sí mismo, lo que la hace muy difícil de desactivar cuando no hay alternativas de vida digna en entornos absolutamente desestructurados. Y, en paralelo, también hay que contar con un sostenido discurso, tanto en países desarrollados como en los que no lo están tanto, que apuesta por la autodefensa como respuesta armada individual a un clima de inseguridad que supera en muchos casos a las fuerzas de seguridad y policiales y que lleva equivocadamente a muchos a considerar que solo la posesión de un arma les garantiza su propia seguridad.

Así se explica que estemos sumidos en una nueva carrera armamentista, aunque esa sea una vía errónea tanto para defender los intereses propios, como para resolver las diferencias que puedan surgir con otros en el escenario internacional. Buena prueba de esa perversa tendencia es que, por sexto año consecutivo, en 2018 el gasto militar mundial volvió a aumentar hasta los 1,8 billones de dólares⁴. Simultáneamente, según los datos más recientes del SIPRI, el comercio mundial de armas en el periodo 2014-2018 aumentó un 7,8 % con respecto al quinquenio anterior⁵.

¹ <http://iris.paho.org/xmlui/bitstream/handle/123456789/725/9275315884.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

² https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/112670/9275315884_spa.pdf?sequence=1

³ <https://escolapau.uab.cat/img/programas/alerta/alerta/18/alerta18e.pdf>

⁴ https://sipri.org/sites/default/files/2018-08/yb18_summary_esp.pdf

A finales de 2017 se estimaba el número de armas en manos privadas en torno a los 857 millones de unidades, con un crecimiento anual de unos 8 millones de nuevas unidades. EE. UU. aparece en cabeza a nivel mundial, con más de 393 millones, seguido de India (71) y China (49)

Si hemos llegado a este punto, reproduciendo en buena medida los esquemas mentales de la Guerra Fría, es porque muchos siguen atrapados en una visión que asume dos principios igualmente perversos: más armas igual a más seguridad y *si vis pacem para bellum* (si quieres la paz, prepárate para la guerra). El primero lleva a considerar que cuantas más armas se posean, mayor será el nivel de seguridad alcanzado, sin entender que ese planteamiento hace mucho más probable la recurrencia a las armas ante cualquier percepción de amenaza que afecte a los intereses propios. Ese tradicional proceso de acción y reacción impide entender que la seguridad propia no puede estar basada en la inseguridad de quienes nos rodean.

Si a este principio se le añade el segundo—que parte de la idea de que los demás solo desean lo que nos es propio y de que, por tanto, no queda más alternativa que prepararse para una guerra que estallará indefectiblemente—, aumenta aún más la probabilidad de que todo desemboque en un estallido generalizado de la violencia. Se olvida así algo tan elemental como considerar que, si realmente se desea la paz, lo que se debe hacer es prepararse y trabajar para ella. Una paz que, puestos a ser ambiciosos, debe ser mucho más que la ausencia de violencia, entendiéndose por tanto que no basta con reducir, o incluso eliminar, todos los arsenales de armas existentes en manos públicas y privadas, sino que exige transformar las mentalidades belicistas en otras que asuman la necesidad de potenciar los mecanismos sociales, políticos y económicos al servicio de la resolución pacífica de los conflictos.

Como resultado combinado de esa dominante visión, válida tanto a escala individual como colectiva, hemos llegado a un punto caracterizado por:

- Una amenaza creciente derivada de la proliferación de armas de destrucción masiva (nucleares, químicas, biológicas y radiológicas). Concentrando la atención en las más peligrosas, las nucleares, es bien sabido que de momento ya existen nueve países con arsenales operativos (con Estados Unidos y Rusia acaparando el 93 % del total a partes iguales) y que en el horizonte inmediato se vislumbra tanto los más ambiciosos programas de modernización de los dos actores ya citados, como el afán de varios países por sumarse muy pronto a ese exclusivo club nuclear. Y, mientras seguimos conviviendo con el equilibrio del terror nuclear, es innegable que esa corriente proliferadora no está siendo frenada suficientemente por los tratados y acuerdos aprobados para, idealmente, eliminarlas⁶.
- Una profusión de armas convencionales cada vez más sofisticadas, con los llamados “killer robots” o armas autónomas ya a la vuelta de la esquina. Dentro de ellas preocupan especialmente las armas ligeras y pequeñas, una subcategoría que es la responsable de la mayoría de las muertes y heridas registradas cada año. Según el Small Arms Survey⁷, a finales de 2017 se estimaba su número en manos privadas en torno a los 857 millones de unidades, con un crecimiento anual de unos 8 millones de nuevas unidades. EE. UU. aparece en cabeza a nivel mundial, con más de 393 millones, seguido de India (71) y China (49) Y para hacer frente a esa realidad, alimentada por más de 1.000 empresas de más de cien países, solo contamos desde el 24 de diciembre de 2014 con el Tratado sobre el Comercio de Armas, que únicamente se plantea como objetivo su regulación (no su eliminación)⁸.
- Un escenario de amenazas y riesgos que, junto a los ya mencionados, se completa con el cambio climático, la disrupción tecnológica, los flujos migratorios descontrolados, las pandemias, el crimen organizado, el terrorismo internacional y tantos otros. Si algo resulta común a todos ellos es que no existe una respuesta por vía militar y, sin embargo, vivimos en un entorno crecientemente securitario que opta con demasiada frecuencia por el recurso a las armas como vía preferente para hacerles frente.
- Un cambio en la concepción clásica de la violencia, que en muchos lugares del planeta ha dejado de ser un fin

⁵ https://www.sipri.org/sites/default/files/2019-03/sipri_at_press_release_esp.pdf

⁶ Como el Tratado de No Proliferación Nuclear (establecido el 1 de julio de 1968 y en vigor desde 1970), la Convención de Armas Químicas (abierto a la firma el 13 de enero de 1993 y en vigor desde el 29 de abril de 1997) y la Convención de Armas Biológicas (abierto a la firma el 10 de abril de 1972 y en vigor el 26 de marzo de 1975).

⁷ <http://www.smallarmssurvey.org/about-us/highlights/2018/highlight-bp-firearms-holdings.html>

⁸ <https://unoda-web.s3-accelerate.amazonaws.com/wp-content/uploads/2013/06/Espa%C3%B1ol1.pdf>



Foto: Pexels, Karolina Grabowska

al servicio de un objetivo político, para convertirse en un simple modo de vida en el que están interesados muchos actores que no encuentran otra forma de satisfacer sus necesidades básicas y de garantizar su seguridad física frente a Estados crecientemente ilegítimos y represivos.

- ➔ Un vuelco, a partir del 11S en la agenda de seguridad, cuyo impacto llega hasta hoy. La nefasta “guerra contra el terror” ha bloqueado la emergencia de la seguridad humana como nuevo paradigma y ha beneficiado directamente a los principales productores de armas para seguir alimentando focos de violencia (conviene recordar que los cinco países con asiento permanente y derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU absorben prácticamente las tres cuartas partes del comercio mundial de armas).
- ➔ Una evidente instrumentalización del peligro o de la necesidad de las armas para atender a otros fines. En el caso de Washington eso ha permitido volver a una senda de crecimiento del gasto militar, cebando así su poderoso complejo militar-industrial, como clásico recurso para salir de situaciones de recesión o de crisis económica. Optar por esa vía no solo reporta beneficios en el interior del país (generando más empleo y otorgando garantías de supervivencia a las empresas), sino también en el exterior, permitiendo a EE. UU. colocarse un escalón por encima de cualquier posible competidor y facilitando el reforzamiento de alianzas estratégicas con sus principales clientes.

- ➔ Un significativo incremento de la demanda por parte de muchos países en desarrollo, que no disponen de una industria de defensa que satisfaga las necesidades de sus fuerzas armadas y los particulares. Una demanda que, en demasiados casos, excede sus necesidades de autodefensa, y que se explica mucho mejor por causas ligadas a un afán expansionista o a intereses propios de los altos mandos de los diferentes ejércitos, convertidos en actores con notable capacidad política en sus respectivos gobiernos.
- ➔ Un acelerado interés de raíz económica, especialmente en los llamados Estados frágiles, por dotarse de capacidades militares. En unos contextos en los que las necesidades básicas de la inmensa mayoría de la población no están cubiertas por el Estado y en los que la ocupación del poder se plantea en términos de usurpación de las riquezas nacionales en manos de unos pocos, sometiendo al resto a la exclusión y marginación, el recurso a la violencia tiene un componente económico inmediato para garantizar el control de dichas riquezas. Por su parte, los que no tienen nada que perder (y nada que esperar de sus gobernantes) contemplan su incorporación a la dinámica violenta como su única o su mejor opción para asegurarse un cierto nivel de bienestar y seguridad.
- ➔ Un incentivo adicional de muchos actores para aprovechar en su propio beneficio el clima de inestabilidad y debilidad existentes. En la larga lista de posibles interesados en desatar o alimentar el fuego

de las armas en un territorio determinado destacan aquellos inclinados a desarrollar cualquier tipo de comercio ilícito (armas, drogas, brillantes, petróleo, tráfico de personas...), aprovechando el descontrol y la pérdida del monopolio legítimo de la violencia por parte del aparato estatal. No es tampoco menor el afán de algunas empresas multinacionales interesadas en mantener un cierto nivel de inestabilidad para actuar al margen de cualquier limitación legal (sea en el terreno salarial, medioambiental o fiscal) en búsqueda de beneficios rápidos y fuera del control estatal.

Vista en conjunto, esa caracterización básica del panorama de seguridad internacional muestra que en ningún caso existe una solución armada a los problemas que definen nuestro mundo. Igualmente es obvio que no basta la mera gestión de los conflictos existentes, sino que es preciso entender que el esfuerzo principal es atender a las causas estructurales que los definen y otorgar el protagonismo a los instrumentos sociales, políticos y económicos, dejando los militares como último recurso. Es necesario, además, llevar a cabo un esfuerzo sostenido a largo plazo, multilateral y multidimensional, imprescindible para fortalecer el Estado de derecho, frenar las frecuentes violaciones de derechos humanos y cambiar no solo conductas, sino también mentalidades. Una tarea, en suma, que nos afecta y responsabiliza a todos y que constituye, como ya nos recordaba Kofi Annan en su informe de 2005, una apuesta por crear un nuevo orden internacional basado en el desarrollo, la seguridad y los derechos humanos para todos⁹.

En definitiva, por desgracia, estamos aún muy lejos de entender y aplicar los esquemas propios de la construcción de la paz, con un enfoque prioritariamente preventivo que, en primera instancia busque garantizar la defensa al nivel de armamento más bajo posible. En paralelo, vivimos en un marco ideológico neoliberal empeñado en identificar al Estado como causa del problema y al mercado como la solución. Eso está llevando, entre otras cosas, a la privatización de la seguridad, lo que incrementa aún más el ansia armamentística de quienes, en lugar de percibir al Estado como el único actor legitimado para ostentar el monopolio de la fuerza, optan por amarse hasta los dientes tanto para defender sus particulares intereses como, llegado el caso, para enfrentarse al propio Estado.

Buena muestra de esa equivocada tendencia la tenemos en Estados Unidos y Arabia Saudí. En el caso de Estados Unidos, hegemón militar sin comparación posible, el problema es doble. Por un lado, no solo sigue siendo el principal exportador mundial de armas, sino que aumenta

Arabia Saudí acaba de desbancar a India como el mayor importador mundial de armas, con un crecimiento en el periodo 2014-2018 del 192 % con respecto al lustro anterior

su presencia en dicho mercado, absorbiendo ya el 36 % del total mundial en el periodo 2014-2018 (frente al 30 % del periodo 2009-2013)¹⁰, dejando a Rusia en segunda posición, con un 20 % del total. A sus reticencias con el Tratado de Comercio de Armas, por temer que su estricto cumplimiento podría hacer peligrar sus relaciones de suministro a algunos clientes problemáticos y plantear problemas internos con la poderosa Asociación nacional del Rifle, se une ahora un gobierno que no tiene reparos en abandonar acuerdos como el INF, de armas nucleares de alcance intermedio, y que plantea sacar las armas ligeras y pequeñas del control del Departamento de Estado para transferir su control al de Comercio, con el único fin de sacar adelante operaciones que, de otro modo, probablemente nunca serían aprobadas. Por otro lado, Donald Trump acaba de presentar su propuesta de presupuesto para el próximo año fiscal, planteando un incremento del 4,7 % para el Pentágono. Si finalmente logra sacar adelante su propuesta el presupuesto de defensa alcanzaría los 750.000 millones de dólares, a lo que todavía habría que sumar los fondos destinados a las distintas agencias de seguridad o a la NASA.

Por su parte, Arabia Saudí acaba de desbancar a India como el mayor importador mundial de armas, con un crecimiento en el periodo 2014-2018 del 192 % con respecto al lustro anterior. Sin disculpar en ningún caso el militarismo de Nueva Delhi —por mucho que trate de

⁹ <https://www.un.org/spanish/largerfreedom/report-largerfreedom.pdf>

¹⁰ Datos de SIPRI, op. cit.



Foto: Pixabay, Steve Buissinne

justificar su comportamiento como una obligada reacción a las crecientes tensiones con China y Pakistán—, basta con recordar que tiene alrededor de 1.300 millones de habitantes, mientras que no hay más allá de 32 millones de saudíes. En cualquier caso, lo más chocante del caso saudí es que, a pesar de esa desproporcionada apuesta por dotarse con todo tipo de armas, lo que tiene Riad como conclusión no son unas fuerzas armadas operativas y resolutivas, sino más bien el mejor museo militar del planeta. En efecto, tiene armas de todo tipo y procedencia— aunque siguen siendo Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia sus principales suministradores—, pero su mera posesión no da automáticamente como resultado una capacidad militar capaz, por ejemplo, de imponerse en el conflicto de Yemen a fuerzas en principio menores en tamaño.

Como es bien sabido, en el marco de la relación estratégica establecida hace décadas entre ambos, Washington se ocupa de garantizar los intereses de la familia reinante y, a cambio, Riad cumple su papel como referente en el mercado petrolífero y contribuye significativamente a cebar al complejo industrial de defensa estadounidense. Un comportamiento que, a escala, sigue también Egipto, convertido en el tercer importador mundial de armas, sin

que la constancia de la represión ejercida por el régimen golpista de Abdelfatah al Sisi haya supuesto freno alguno en la ayuda que Washington y muchas otras capitales occidentales le vienen prestando (mientras Moscú mueve también sus peones para recuperar cuota de mercado).

Son muchos más los países que cabría citar, igualmente equivocados en su afán por dotarse de un martillo militar lo más potente posible, sin entender que eso les incapacita para responder adecuadamente a problemas que necesitan otro tipo de instrumentos para hacerles frente. En este terreno Estados Unidos tan solo es el ejemplo más notorio de una pauta muy extendida entre los principales exportadores de armas, con un inquilino de la Casa Blanca empeñado en recortar los recursos del Departamento de Estado y de su agencia de cooperación internacional para el desarrollo (USAID), como si la diplomacia y la ayuda al desarrollo no fueran mejores instrumentos para prevenir la violencia.

Mientras tanto, conceptos como la seguridad humana, la diplomacia preventiva y la cultura de la paz — que en los “felices noventa” parecían cobrar nueva fuerza— vuelven a quedar condenados al ostracismo a la espera de nuevas oportunidades.